Historia del soldado más valiente de Judá

Madrid

[1893?]

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION
Master Negative Storage Number: OCI00044.22

Control Number: ADT-6288
OCLC Number : 29742232
Call Number : W 381.568 H629 v.4 HSOL
Title : Historia del soldado más valiente de Judá, el valeroso Sansón, azote de los Filisteos : sacada de la Sagrada Escritura por varios historiadores.
Imprint : Madrid : Hernando, [1893?]
Format : 16 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Caption title: Historia del valeroso Sanson.
Note : Title vignette.
Subject : Samson (Biblical judge)
Subject : Chapbooks, Spanish.

(DOS PLIEGOS.)



HISTORIA

DEL SOLDADO MÁS VALIENTE DE JUDÁ

EL VALEROSO SANSÓN

AZOTE DE LOS FILISTEOS

Sacada de la Sagrada Escritura por varios historiadores.

DESPACHOS:

MADRID
Hernando, Arenal, 11.

BARCELONA
Bou de la Plaza Nueva, 13.


ES PROPIEDAD

HISTORIA

DEL

VALEROSO SANSON.

CAPITULO PRIMERO.

De los jueces que precedieron á Sanson, y sus hazañas.—Batallas y esclavitud de los hebreos.—Libranse del cautiverio por Débora.—Vuelven á ser cautivos y salen de su esclavitud por Gedeon con quien obró Dios una estraña maravilla.—Vuelven los iraelitas al cautiverio de los filisteos y ammonitas, pero son libertados por Jephte.—Temerario voto que hizo este.—Caso chistoso que aconteció á Alejandro.

Los hijos de Israel, despues de haber tomado posesion de la tierra de Canaam, vivian en paz y quietud, gobernados por el justo y valeroso Josué, quien habia gobernado las Tribus dando á cada una las posesiones de la Tierra de Promision con toda equidad y justicia. Muerto este esforzado caudillo, empezó á gobernarse el pueblo por jueces que elegia cuando se hallaba en alguna necesidad ó guerra. Gobernaron á Israel estos por algunos años, hasta que eligieron reyes, siendo el primero Saul; pero hablaremos aquí de los jueces que precedieron á Sanson, refiriendo de ellos algunas particularidades, hasta venir á caer en este valeroso capitan, que fué quien más hazañas hizo, siendo el azote y terror de los filisteos, enemigos de Dios y su sagrada Ley.

Aconteció, despues de haber muerto Josué, que Chusam Rhasthaim, rey de Mesopotamia, puso guerra á los israelitas: entonces eligieron á Othoniel, y por eso es tenido este por el primero de los

jueces de Israel. Fué hombre esforzado y animoso que con su valor y buena industria sacó con triunfo á los hebreos de esta batalla, pues venció y desbarató todo el ejército de Chusam, rey de Mesopotamia. A esta guerra se le siguió otra; porque Eglon, rey de los moabitas, unidos con los ammonitas y amalecitas, cogió á Jericó, y esclavizó á muchos judíos, y les causó otros daños: entonces eligieron á Aod, hombre de gran valor, y que usaba de ambas manos como si las dos fueran derechas. Este valeroso juez mató á su enemigo Eglon: mas fué tanto el terror y miedo que le tomaron los contrarios, que no se atrevieron por muchos años á probar fuerzas con los hebreos, y así gozaron una paz y tranquilidad grande por espacio de ochenta años, que inquietándose los filisteos, les fué forzoso á los israelitas oponerse á ellos, llevando por capitan y juez á Samgar, que fué tan animoso y valiente, que con la reja de un arado mató en una ocasion seiscientos filisteos.

Los hebreos olvidaban luego los beneficios que Dios les hacia dándose á muchos vicios, y en el especial á la idolatría á que eran muy propensos desde que se hallaron y salieron de Egipto; y así Dios los castigó con una esclavitud de veinte años por Jabin rey de los cananeos. Entre ellos se hallaba Barach, á quien levantaron por su juez, con el fin de eximirse de su cautiverio; pero fué preciso que Débora, profetisa, de ánimo varonil, y mujer de Lapidoth, le animase para la empresa. Levantáronse, pues, y Jabin puso contra ellos un poderoso ejército, y por general de él á Sisara. Acometiéronle los israelitas, le destrozaron y pusieron en fuga toda su gente. El general Sisara huyó, viniendo á parar y á recogerse á la tienda de Jahel, mujer de Haber Cineo. Llegó allí muy maltratado, cansado y con bastante necesidad. Dióle aquella para que tomase algun aliento y se reforzase en algo, leche á beber; y despues de haberla tomado, como se hallaba en estremo cansado, se quedó dormido sobre el suelo. Cogióle tan sobremanera el sueño, que cuando conoció Jahel estar en lo más profundo de él, le mató clavándole un gran clavo en la cabeza; por lo cual Débora compuso, y entonó aquel cántico que se halla en la Escritura Sagrada al capítulo V de los Jueces.

Volvieron los israelitas á caer en otro cautiverio viniendo á poder de los madianitas, en que lloraron debajo del yugo de su mando una penosa servidumbre; más compadecióse Dios de las lágrimas de su pueblo, y suscitó en aquellos tiempos á Gedeon, hijo de Joas de la tribu de Manasés, varon fuertísimo. Llamóle un Angel por mandado de Dios, diciéndole fuese á sacar á su pueblo del cautiverio de los madianitas. Quiso en virtud de este llamamiento ofrecer sacrificio á Dios, quien obró una maravilla, haciendo que saliese fuego milagro-

mente de una piedra. Eligióle entonces el Angel, mandándoselo Dios, por Juez de Israel. Quiso certificarse de su eleccion, y pidió á la Divina Majestad hiciese el prodigio que una noche de escarcha, puesto un vellon de lana en el campo, el rocío que cayese le dejase intacto y seco, y el suelo todo rociado, lo que aconteció así. Volvióle á pedir lo contrario que en otra noche, cayendo el rocío en el vellon, dejase seca y sin mojar la tierra; lo cual tambien se lo concedió Dios.

Con estos dos prodigios y el fuego de la piedra, quedó Gedeon satisfecho que Dios le elegia para Juez de Israel, y capitan de su pueblo: y sin detencion alguna, salió á buscar gente, y juntó más de treinta mil hombres; pero los más fueron desechados, quedándose por mandado de Dios con muy pocos de los adquiridos, porque quería la Divina Majestad obrar entonces una de sus grandes maravillas, y dar á conocer á los hombres su soberano poder. Dijo Dios á Gedeon, que los treinta mil hombres que se le habian juntado los llevase á todos á un rio, y allí los examinase con cuidado, mandándolos beber, y aquellos que viese que bebian inclinados al agua, como las bestias, los desechase; mas aquellos que para beber, echaran la mano al agua, y la llevaran á la boca, fuesen solo los escogidos para la guerra: y es cosa singular que de tantos como se le juntaron á Gedeon, pues se contaron, como se ha dicho, hasta treinta mil, solo trescientos fueron entresacados y escogidos para la guerra de los madianitas.

Quedóse Gedeon con solo los trescientos soldados; y las armas que les dió principalmente á cada uno fueron una trompeta y un cántaro. En este les mandó poner y cerrar con todo cuidado una luz; y aguardando á que cayese la noche, cuando estaba todo en el mayor silencio, empezó á darles sus órdenes, y disponerlos en varios parajes para acometer al enemigo. Díjoles, que al dar la señal de acometer que seria á la media noche, cada uno tocase su trompeta, y al mismo tiempo quebrando los cántaros, descubriesen las luces: lo cual todo ejecutado puntualmente como se habia ordenado, consternó tanto á los enemigos, que sorprendidos de la novedad y espectáculo tan estraño, no solo huyeron desordenados, sino que con la confusion se mataban unos á otros; con que consiguieron la victoria, y con ella gozaron desde entonces de una gran paz, mientras vivió Gedeon, pues fué muy estremado el miedo y terror que le tomaron los madianitas.

Murió este astuto capitan, habiendo dejado sesenta hijos legítimos, y uno de una esclava llamada Abimelech. Luego que murió el padre, este Abimelech mató á todos los demás hermanos, á escepcion de Joathan, para levantarse en el mando y gobierno de su padre y ninguno se lo disputase. Así usurpó este la judicatura, y con-

forme la habia obtenido, así procedió en ella, porque fué intolerable y tirano. No permitió la Divina Justicia que durase mucho en el mundo quien habia entrado en él tan tiránicamente, pues queriendo quemar la torre de Tebes, tuvo atrevimiento una mujer para arrojarle con suma violencia una piedra á la cabeza, con que le hirió gravemente, y luego llamó él mismo á su escudero para que le acabase de matar, porque no se dijese que habia sido muerto por una mujer. Sucedieron á Abimelech, Thoala, y despues de este Jair. En tiempo de Jair estuvo el pueblo otra vez cautivo por haber vuelto á incurrir en la idolatría.

Diez y ocho años permitió la Divina Majestad que estuviesen los israelitas debajo del yugo y servidumbre de los filisteos y ammonitas en pena de su execrable delito, hasta que ya abrumados del peso y conflicto de su esclavitud, llamaron los de Galaad á Jepthe, hombre valeroso, pero espurio. Ofrecieron hacerle su príncipe con tal que lo sacase del poder de los ammonitas y filisteos, el cual aceptó el mando, y ofreció á Dios, si le sacaba victorioso de la batalla que les iba á dar, sacrificarle la primera cosa, ó el primero de su familia que encontrase á la vuelta de la guerra. Con las nuevas de la victoria que alcanzó de sus enemigos, salió una hija suya muy alborozada y alegre á dar el parabien á su padre, que al verla se estremeció mucho en virtud de la promesa que habia hecho á Dios; y persuadiéndose no poder faltar á ella, la sacrificó.

Gradúase de temeraria esta oferta entre los historiadores, los cuales se fundan en que así como salió la hija, no pudo haber salido alguno de los animales inmundos, ineptos para el sacrificio, los cuales no era del agrado de Dios que se ofreciesen en el altar. Fué tambien temerario é imprudente el voto, por haber ofrecido á su hija cuando era cosa fea y abominable á Dios el que le ofreciesen hombres, pues llevaba muy á mal el Señor que le ofreciesen víctimas humanas, así como los ammonitas ofrecian sus hijos y sus hijas al ídolo de Moloch. Esto es muy propio de aquellos que no reconocen más Dios que sus ídolos, gente abstraida de la luz de la verdad á quienes tienen engañados con estos horribles y abominables sacrificios, aunque no han faltado algunos gentiles á quienes les ha dado siempre en rostro semejantes y tan espantosas crueldades; pero si han practicado alguna vez este horrendo sacrificio, ha sido más por política que por religion. El caso acontecido á Alejandro Magno es chistoso y al mismo tiempo muy propio al asunto.—Hallábase este gran príncipe en víspera de salir á dar una batalla: consultó al oráculo sobre el éxito de la empresa, y le fué respondido que seria feliz en ella, con tal que quitase la vida al primero que encontrase al

salir de la ciudad. Sucedió que el primero que ocurrió fué un pobre paisano que conducia un jumento delante de sí á la ciudad, cargado de algunas cosas para vender. Mandó Alejandro que cogiesen aquel hombre, y notificándole luego la órden del oráculo, le matasen; á que replicó el buen rústico, ó con sencillez ó con agudeza, que si el oráculo habia mandado á Alejandro matar al primero que encontrase al salir de la ciudad, no era él quien debia morir. ¿Pues quién? preguntó Alejandro. Señor, respondió el paisano, el jumentillo que traigo delante, pues este es el primero que habeis encontrado, y despues á mí. Cayóle en gracia á Alejandro el argumento, y dejando libre al rústico, hizo que muriese su bestia. Aquí se advierte claramente, que este príncipe no miró á cumplir con el oráculo, sino á persuadir á su gente que cumplia, para asegurarlos en la confianza de la victoria.

CAPITULO II.

Nuevo cautiverio de los israelitas por espacio de cuarenta años.—Milagroso nacimiento de Sanson y prodigios que acontecieron á sus padres.—Progresos de Sanson y su casamiento.—Destroza Sanson un leon por libertar á sus padres de un peligro.—Problema que Sanson propone á los convidados de sus bodas y resultados singulares de este problema.—Deja Sanson á su mujer; quiere luego volver á unirse con ella y sus padres se la niegan.

Quebrantando su propósito volvian á cada instante los ingratos israelitas á reincidir en el abominable crímen de la idolatría, pues poco atentos y demasiadamente rebeldes á su Bienhechor, se entregaron, aun reciente el favor, á tan execrable vicio, olvidándose de los muchos beneficios que Dios habia hecho, y actualmente les hacia. ¡Oh ingratitud! Por esta mala correspondencia los entregó la Divina Majestad á los filisteos, debajo de cuya servidumbre gimieron cuarenta años hasta que nació Sanson para azote de ellos.

Compadecida la Majestad Divina de las aflicciones de su pueblo, envió al mundo á Sanson milagrosamente. Fueron sus padres Manue de la estirpe Dan, Nazareno de profesion. Este tenia una mujer estéril, á la cual se la apareció un Angel del Señor, que le dijo; «sé que eres estéril, y careces de hijos; mas está cierta que concebirás y parirás un hijo; pero te advierto, que no bebas vino ni sidra, y mucho menos comas carne de animal inmundo, porque has de concebir y parir un hijo, en cuya cabeza no ha de tocar navaja alguna, pues ha de profesar desde su infancia el instinto de Nazareno de Dios, y este ha de ser quien ha de libertar á Israel del poder de los filisteos.» Pasó de improviso la madre de Sanson á buscar á su marido Manue, y participarle todo lo que le habia acontecido. Un varon de Dios, le dijo, ha llegado á mí, el cual tenia aspecto de Angel, y demasiadamente terrible; preguntéle quién era, de dónde venia, y cuál era su nombre; pero no fué posible el que me lo dijera: díjome sí que concebiria y pariria un hijo; pero que me guardase de comer cosa inmunda y de beber vino; porque el hijo que habia de parir, le tenia destinado Dios para Nazareno por todos los dias de su vida.

Al punto que Manue oyó esto de boca de su mujer, se puso en oracion, y suplicó á Dios, que le enviase segunda vez aquel varon que le habia anunciado este nacimiento, para que les enseñase é instruyese cómo habia de proceder con el hijo que les habia de nacer. Oyóle la Divina Majestad, y envió un Angel, que se apareció á su mujer estando en el campo. Lo mismo fué verle esta, que ir con suma prisa á llamar á su marido, y le dijo: ven presto si quieres gozar del varon de Dios, que ha vuelto á estar conmigo; y llegando á su presencia, le preguntó Manue, si era el que habia hablado con su mujer. A lo cual el Angel le respondió que sí. Pues esto supuesto, te hemos de deber, varon de Dios, nos digas cómo hemos de proceder en la crianza de este hijo que nos anuncias. Díjoles el Angel del Señor, como ya se lo habia participado á su mujer, y que todo segun se la habia predicho lo cumpliesen, que esta era la voluntad del Señor.

Agradecido Manue del beneficio, le suplicó con muchos ruegos se dignase comer con ellos de un tierno cabritillo; á lo cual les dijo el varon de Dios, no les obligasen á ello; que le ofreciesen al Señor en holocausto, dándole rendidas gracias por el favor que les hacia. Replicó Manue y le dijo que ya que no se dignaba admitirles su convite, les dijese su nombre para que si se cumplia tanto beneficio pudiesen honrarle como era justo. Mas el varon de Dios solo les dijo, que su nombre era admirable. Ignoraba Manue que fuese

Angel del Señor. Dispusieron luego el holocausto, y habiendo traido de sus ganados un tierno cabritillo le pusieron sobre una piedra para ofrecerle al Señor, el cual empezó luego á arder. Advirtieron que al mismo tiempo que subia la llama de la víctima á los cielos, subia tambien con la misma llama el Angel del Señor: al aspecto de este prodigio se postraron los dos prontamente en tierra para adorarle, mas desde entonces no le volvieron á ver más, y así Manue desde entonces conoció que aquel que tan familiarmente les habia hablado, ó era el mismo Señor ó su Angel.

Contristóse bastante Manue, y dijo á su consorte: sin duda que moriremos luego, porque hemos visto á Dios. Mas su mujer le dijo: Si el Señor nos quisiera matar no se hubiera dignado recibir nuestro holocausto ni hacer con nosotros tantas maravillas, como tampoco el anunciarnos lo que ha de acontecer con el infante que nos ha de nacer. Sosegóse Manue y vió cumplido lo que Dios le habia prometido, pues concibió y parió su mujer un hijo, al cual puso por nombre Sanson. Esto aconteció en el año de la creacion del mundo dos mil ochocientos cuarenta y nueve. Creció el niño, llenándole Dios de muchas bendiciones.

Ya cumplia Sanson diez y ocho años, y comenzó el Espíritu del Señor á estar con él. Llegó la ocasion de pasar Sanson á Thamnat, donde alcanzó á ver una doncella de las hijas de los filisteos, de quien se enamoró. Volvióse á Saraa y dijo á sus padres como habia visto en Thamnat una mujer hija de un filisteo, que le habia agradado en gran manera; y así le suplicaba se la obtuviesen por esposa. Mas los padres le dijeron: ¿Es posible, hijo, que habiendo entre nosotros tantas hijas de tus hermanos y compatriotas has de querer casarte con una mujer, hija de los filisteos, gente incircuncisa? Pero el jóven les replicó diciéndole: esta me ha agradado á la vista, y así espero tomeis á bien el que yo la reciba por mi esposa. Ignoraban los padres de Sanson el misterio, y que Dios lo disponia así para tomar de esta ocasion los sucesos que habian de acontecer despues contra los filisteos, que entonces dominaban al pueblo de Israel.

No quisieron los padres de Sanson oponerse más á sus gustos, y determinados á cumplírselos pasaron en compañía de su hijo á Thamnat con ánimo de pedir la novia á sus padres. Y habiendo querido hacer algun reposo antes de llegar al lugar, se retiraron á una viña próxima á él, cuando de repente se les hizo encontradizo un leon, haciendo ademanes de quererlos despedazar á todos Pero el valiente mancebo luego que le vió venir rugiendo hácia ellos le embistió animoso, y luchando los dos cuerpo á cuerpo, pues Sanson ni aun tenia un arma para herirle, cogiéndole entre sus brazos, le hizo trozos,

como si fuera un tierno corderillo. Conoció el esforzado mancebo que hazaña tan estraordinaria no podia haberla ejecutado á no asistirle el Espíritu del Señor, como así fué indudablemente; pero Sanson de nada de este pensamiento dió parte á sus padres, que admirados del hecho daban gracias al Señor los hubiese librado de aquella fiera por los esfuerzos de su hijo.

Entrando todos tres en el lugar, y guiando Sanson á la casa de los padres de la que habia de ser su esposa, fueron urbanamente recibidos. Entablaron su diligencia, y habiendo venido bien en ello se contrató el casamiento con mucho regocijo de una y otra parte. Volvióse Sanson con sus padres á su lugar, dejando bien dispuestas las cosas, y pasados algunos dias determinó Sanson ir por su novia para casarse, y al pasar por el sitio donde habia despedazado el leon se le antojó ver el cadáver de aquella fiera, cuando advirtió salian de su boca muchas abejas las cuales ya habian hecho en ella un panal de miel, del cual cogió una parte que comió para reposar, dando asimismo á sus padres de ello que tambien le venian acompañando para celebrar las bodas. Esto lo practicó Sanson sin que sus padres lo viesen; pues aunque les dió á comer de la miel, no les quiso decir de dónde la habia obtenido ni tomado.

Llegaron á la casa de los padres de la novia, y Sanson dispuso una grande comida, convidando segun costumbre de los novios, á muchos de aquel lugar. Estos tambien correspondieron, haciendo cada uno de por sí sus banquetes, con que agasajaron por muchos dias á los novios. Un dia en uno de estos convites, y estando de sobremesa, propuso Sanson á los convidados un problema para que se le descifrase, y les dijo: que con tal que le resolviesen les prometia treinta vestidos con sus túnicas y capas, y que les daba de término siete dias para que discurriesen, pero que si no alcanzaban á acertársele ellos les habian de dar los mismos vestidos. Convinieron todos en ello muy regocijados, y le pidieron lo propusiese pronto. El problema fué este: *De comedente exivit cibus, et de forte egressa est dulcedo.* De un voraz y comedor salió comida y de una fuerte dulzura.

Cinco dias habian pasado ya sin que ninguno hubiese podido resolverle. Llegábase ya el dia sétimo, en que se finalizaba el contrato, y viéndose afrentados, por no poder dar con el problema, se valieron de una traza ruin, que fué incitar á su nueva mujer para que por medio de los cariños de su esposa se lo sonsacase y despues se lo participase. Húbose de resistir, mas ellos despechados, y por no verse vencidos del hebreo, la amenazaron diciéndola: que si no hacia porque su marido Sanson la descubriese aquel problema y se lo participase á ellos, la habian de quemar, no solo á ella sino tambien á sus

padres, poniendo fuego á su casa. Dijéronla asimismo: ¿Por ventura el habernos convidado á tus bodas ha sido para despojarnos de nuestros vestidos, y juntamente dejarnos corridos y vencidos de un hebreo?

Con estas amenazas fué vencida la mujer de Sanson, y se vió obligada á poner en práctica lo que la pedian sus paisanos y deudos. Fuese para Sanson triste y llena de lágrimas, el cual luego que la vió la preguntó cuál era la causa de su llanto. Ella sagaz y astuta le dijo: aun no tenemos ocho dias de casados y ya manifiestas ódio y poco cariño hácia á mí. Sanson que ignoraba los fines que llevaba semejante propuesta, la dijo: declárate, esposa mia, y dime manifiestamente tu sentir. ¿Qué más quieres expresar tu poco afecto para conmigo, le dijo ella, que no dignarte manifestarme á mí, que soy tu esposa, el problema que propusistes á los varones de mi pueblo? Entonces Sanson la respondió: no te cause novedad, esposa mia, el que yo no te lo declare, cuando aun á mis padres no he querido descubrirlo, á si á estos no lo he hecho, ¿cómo podré yo á tí decirlo? Con efecto, no se lo dijo Sanson, pero fueron tantos los ruegos, tantas las instancias importunas como las fingidas lágrimas, que molestado en estremo Sanson, se lo vino á decir el dia sétimo. Ella, que no deseaba más que se lo soltase de su boca, al punto que lo oyó pasó á referírselo á los suyos.

Llegó el tiempo señalado del plazo, y juntos todos para resolver el problema, se le descifraron á Sanson diciéndole: «¿Qué cosa más dulce que la miel, y qué cosa más fuerte que el leon?» A lo cual no tuvo que responderles Sanson; pero sospechó luego que su mujer lo habia manifestado. No obstante, aunque sintió mucho el que su mujer le hubiera guardado tan poca fé, procuró cumplir el contrato de los treinta vestidos. Quedó Sanson muy irritado contra su mujer, en tanto estremo, que resolvió dejarla y marcharse en casa de sus padres.

Viendo ella y sus padres que Sanson no volvia, se la dieron á otro en matrimonio. Antojósele á Sanson despues de algunos dias volver á unirse con su mujer; y queriendo entrar en el aposento donde estaba, se lo impidió su padre, diciendo: «No tienes, Sanson, para qué entrar, pues pensábamos que ya la habias aborrecido, y por lo tanto determiné casarla con otro.» Sanson, enfurecido y enojado, les dijo: «desde hoy no teneis para qué culparme el que declare guerra con los filisteos, y así disponeos, que he de ser vuestro azote.» Y diciendo esto se marchó.

CAPITULO III.

Toma venganza Sanson de los filisteos.—Queman estos á la mujer de Sanson y á su padre.—Prision de Sanson, rompe las prisiones y mata á mil filisteos.—Pretende Dalila que Sanson le descubra la causa de sus fuerzas, descúbreselo Sanson y le corta ella los cabellos en que tenia su fortaleza.—Da parte á los filisteos, le prenden y le sacan los ojos.—Celébranse fiestas en el templo de Dagon, en la que asisten más de trescientos filisteos.—Arrímase Sanson á una columna, la desquicia y viene todo el templo á tierra, quedando sepultado entre las ruinas él con todos los filisteos.

Fuese Sanson á los montes y pudo cazar hasta trescientas zorras, á las cuales ató en sus colas unos haces de paja, y poniéndolas fuego las derramó por todos los sembrados de los filisteos, que en breve quedaron reducidos á ceniza, estando ya para segarlos. No paró aquí el daño; pues el fuego de los sembrados se comunicó á las viñas y olivares, en que hizo un gran destrozo. Con esta novedad los filisteos procuraron indagar quién hubiese sido el agresor, y luego supieron haber sido Sanson en despique de haberle quitado su mujer y habérsela dado su suegro á otro. Entonces los filisteos, montando en cólera, fueron á la casa del suegro de Sanson y le quemaron á él con su hija. No bastó para satisfacer á Sanson este castigo, pues les dijo que ellos tambien habian sido culpados en incitar á su mujer á que le sonsacase el problema. Y así dijo que hasta que se vengase completamente de ellos no habia de parar.

Sanson despues de haber hecho el estrago de las mieses se acogió á la cueva de Etam, y los filisteos juntando gente fueron contra los de Judá con ánimo de resarcir sus daños y prender á Sanson. Empezaron á devastar la tierra, y viendo los de Judá la novedad de los filisteos, les enviaron emisarios, pidiéndoles razon por qué les asolaban la tierra. Ellos respondieron que venian á satisfacer los daños que Sanson les habia hecho, y que en tanto que no lo entregasen atado y preso, no desistirian de hacer todo el daño posible. Los israelitas le prometieron darles satisfaccion, y así luego determinaron el que saliesen hasta tres mil varones de Judá, que cercaran á Sanson en la cueva de Etam, donde se habia refugiado. Sanson conociendo que los que le acercaban eran de los suyos, no quiso hacerles daño ni oponérseles.

Estos llegaron á hablar á Sanson, y le dijeron: «Es posible, Sanson, que estando nosotros subordinados al poder de los filisteos, te hayas atrevido á hacer con ellos semejante estrago?» A lo cual respondió: «Yo he hecho segun y cómo lo hicieron conmigo».—Pues no tiene remedio; á nosotros es debido darles satisfaccion, porque no nos arruinen las tierras, y esta ha de ser cumpliéndoles lo que nos piden, que es que te entreguemos á ellos atado y preso. Convengo en ello, respondió Sanson, pero antes juradme que no me habeis de matar. Dijéronle que no harian tal; solo sí prenderle y entregarle á los filisteos.

Llévanle los de Judá para entregarle atado de piés y manos, y los filisteos con suma algazara y vocerío le salieron al encuentro, gozosos de tener ya en su poder á Sanson y hacer con él un cruel castigo; pero este empezó á forcejear, y de improviso rompió todas las ligaduras; y cogiendo una quijada de un asno, que se hallaba entre sus piés, dió con tal furor y cólera contra los filisteos, que hizo un destrozo muy grande y mató hasta mil de ellos, habiendo los demás huido con suma precipitacion. Dió Sanson gracias á Dios de que así se hubiese librado de sus enemigos. Como se habia fatigado tanto en la pelea, le originó una sed terrible, y volviéndose á su Dios, le dijo: «Concedísteis, Señor, á tu siervo esta gran victoria; muero de sed; no permitais, Dios mio, que caiga en manos de estos incircuncisos, vuestros enemigos. Y entonces de la misma quijada que habia arrojado y tenia allí cerca, salió agua, con que apagó su sed.

Despues de todo esto se fué Sanson á Gaza, donde vió una meretriz ó mujer ramera, que hacia trato de sí y de su casa, y Sanson se entró en ella. Supiéronlo los filisteos y al punto dispusieron modo para prenderle. Dejaron que llegase la noche y luego le cerraron en aquella casa con mucha gente armada: reforzaron las puertas de la ciudad, poniendo en ellas su guarnicion, con ánimo de que cuando saliese por la mañana, dar todos contra él y matarle. Sanson durmió solo hasta la media noche, y no ignorando lo que pasaba, salió silenciosamente como pudo á aquella hora. Fuese á las puertas de la ciudad para salir, y habiéndolas visto tan bien cerradas con cerrojos y candados, procuró desquiciarlas, lo que ejecutó con prontitud: echólas al suelo, y cogiéndolas al hombro huyó con ellas á un monte que está hácia Hebron, sin que ninguno de los centinelas se hubiese atrevido á oponérsele ni hacerle resistencia.

Habia Sanson cobrado bastante cariño á una mujer que habitaba en el valle de Sorec, la cual se llamaba Dalila. Venia de cuan-

do en cuando á visitarla, y determinaron los príncipes de los filisteos valerse de esta mujer para poder haber á sus manos á Sanson. Conocian no ser posible cojerle y apoderarse de él por sus estremadas fuerzas, y así se concertaron con ella para que con cariños le engañase y supiese de él en qué consistia tener tantas fuerzas, y cómo podrian ellos vencerle y cogerle preso, para lo cual llegaron á ofrecerla, si conseguian lo que la pedian, cada uno de ellos mil cien dineros. Se convino con ellos Dalila y empezó á poner en práctica lo encomendado.

Fué Sanson un dia á verla, y haciéndola ella muchas caricias le insinuó como tenia que pedirle un gran favor. Lo que yo tengo que suplicarte, Sanson, le dijo, es que admirada de las grandes fuerzas que te asisten desearia saber en qué está tu grande fortaleza y en qué consiste que por bien que te aten rompes con mucha facilidad las ligaduras. Sanson la respondió: que con tal que le atasen con siete cuerdas de nervios, no secos, sino algun tanto húmedos, quedaria con las fuerzas regulares de otro cualquier hombre. Quiso Dalila satisfacerse por sí y ver si era cierto lo que habia dicho. Participóselo á los príncipes de los filisteos, y estos le entregaron las cuerdas que decia. Dejóse atar Sanson con ellas, y ya cuando le tenia ligado y á muchos de los filisteos ocultos en otro cuarto hasta haber aquello en qué paraba, hizo Dalila la esclamacion siguiente: Filistin sobre tí, Sanson. Y entonces este hizo alguna fuerza, rompió los cordeles como si hubiesen sido unos debilísimos hilos. Con que no pudieron saber por entonces el motivo de sus fuerzas.

Díjole Dalila: «Sanson, tú me has engañado: dime por tu vida la verdad y no me engañes en lo que tanto te suplico, que es, cómo te podré ligar de manera que no rompas las cuerdas.» Respondió Sanson: «Coge nueve cordeles nuevos que no hayan servido, y de esta suerte quedaré en el mismo estado que los demás.» Ligóle Dalila con ellos, y teniendo ocultos tambien á los filisteos, esclamó diciendo: Filistin sobre tí, Sanson. Y Sanson los rompió del mismo modo que antes. Dalila le volvió á decir á Sanson: ¿Hasta cuándo me has de engañar? Dime, si quieres, cómo puedes ser vencido. Respondióla á esto Sanson: Si rizases siete cabellos de mi cabeza y estos los sujetases á un clavo fijo en la tierra, todas mis fuerzas quedarian en nada. Practicólo así Dalila, pero nada surtió de lo que le habia dicho. Por último, Dalila, ya enfadada por haber sido tantas veces engañada por Sanson, le dijo: Tú dices que me amas, pero mal se conoce, cuando tu corazon dista tanto de mí. Por tres veces me has engañado, no queriendo decirme la causa de tu fortaleza. Insistia en esto continuamente Dalila, no dejándole un ins

tante sin importunarle sobre ello; y entonces Sanson, cansado por sus porfiados ruegos, por fin la dijo: «Has de saber que jamás se ha puesto navaja sobre mi cabeza, porque soy Nazareno, esto es, consagrado á Dios desde el vientre de mi madre; por cuanto si llegase á faltarme el pelo de mi cabeza, en aquel instante mismo me faltarian las fuerzas que me asisten y quedaria solo con las regulares que gozan los demás hombres.» Quedó satisfecha Dalila de que la habia manifestado su corazon: se fué á los príncipes de los filisteos y les aseguró como ya sabia la causa de la fortaleza de Sanson, que la diesen lo que la habian prometido, y se les entregaria sin ninguna de sus fuerzas. Recibió el dinero que la ofrecieron y aguardó ocasion que viniese Sanson á su casa para poner en práctica lo que habia prometido á los filisteos.

Fué un dia Sanson con ganas de reposar, y ella le hizo que se recostase sobre su regazo, y cuando le vió muy dormido le cortó los cabellos. Hecho esto, le procuró despertar, disimulando lo que habia ejecutado con él, y quedó Sanson con las mismas fuerzas que otro cualquier hombre, luego esclamó diciéndole: Filistin sobre tí, Sanson; y él levantándose acelerado dijo: Vengan por cierto cuantos filisteos hay, que yo haré con ellos lo que otras veces. Ignoraba Sanson que Dios se habia apartado de él, y acudieron presto los filisteos y fué preso por ellos; llevároule consigo, y lo primero que hicieron fué sacarle los ojos, atarle muy bien, y cargado de cadenas le encerraron en la cárcel. Valíanse de él para moler en una tahona, no queriéndole matar de pronto, sino acabar con él poco á poco con una muerte prolongada, porque estaban rabiosos por los muchos daños que les habia hecho.

Natal Alejandro, en su Historia eclesiástica, edad cuarta, capítulo V, dice, que de haber quitado á Sanson los cabellos viene que los antiguos ofreciesen á los dioses los suyos, y acaso de aquí las muchas trenzas que hoy se ofrecen á los santuarios ó templos. Homero en la Iliada 23, dice: que Achile ofreció su cabello al rio Sperchio, si volvia vencedor de la expedicion troyana. Era costumbre entre los griegos á cierto tiempo determinado quitarse el pelo, y este ofrecerle á Apolo ó á los rios, cuyo rito aprueba Eusthaquio. Los egipcios siempre y cuando hacian alguna peregrinacion, al volver de ella se quitaban el pelo y le ofrecian á sus dioses. Esta misma costumbre usaron los romanos, pues cortándoles á los niños los cabellos se los ofrecian muy adornados á la diosa Diana; y así hace conmemoracion Suetonio, de cómo la primera barba de Neron fué consagrada al capitolio muy llena de preciosidades de oro y piedras.

Basta de digresion: volvamos al objeto de nuestra historia. Duró

le á Sanson bastante tiempo le penal[illegible] hasta que le volvieron á renacer los cabellos y á recuperar sus fuerzas perdidas. Ocurrió el hacer los filisteos unas grandes fiestas á su dios Dagon en agradecimiento de haberle puesto en sus manos á su enemigo Sanson. Juntáronse en su templo á ofrecerle víctimas, donde tambien tuvieron expléndidos banquetes, y decian en sus brindis: «Dios ha hecho que Sanson nuestro enemigo haya caido en nuestras manos: sea alabado y honrado.» Concluidos los banquetes sacaron á Sanson de la cárcel y llevàronle al templo, donde habia multitud de filisteos; empezaron á burlarse de él, hacerle mil escarnios y diciéndoles mil afrentas. Dejáronle por un rato, y llamó él al muchacho ó lazarillo que le guiaba, y le dijo que le arrimase á las dos grandes columnas que habia en el templo de Dagon, y que le sostenian. Hízolo así el lazarillo, en tanto que todos daban por un rato treguas hasta volver otra vez á mofarse de Sanson.

Acudieron al templo á estas fiestas todos los príncipes de los filisteos con infinidad de gentes de todos sexos y condiciones, que se contaban hasta tres mil, colocados en varios sitios de él. Cuando más alegres y alborozados estaban los filisteos esperando á que se les entregase á Sanson, él estaba invocando el nombre del Señor, diciéndole: «Dios y Señor mio, acúerdate de mí, y vúelveme, Dios mio, ahora las antiguas fuerzas para que yo me vengue de estos mis enemigos y tuyos, y tome venganza de ellos por los ojos que me han quitado;» y agarrándose de las dos columnas que mantenian todo el edificio del templo, dijo: «muera yo aquí con todos los filisteos.» Sacó las columnas de sus quicios y al punto vino todo el templo á tierra, en que murieron con él todos los filisteos, quedando sepultados entre sus ruinas. Y así dice la Escritura Sagrada, que mató más filisteos muriendo que viviendo.

Vinieron despues sus deudos y compatriotas, y cogiendo su cuerpo le llevaron á enterrar al sepulcro de su padre Manue, habiendo sido juez de Israel veinte años. Este fin tuvo Sanson, azote de los filisteos. Santo Tomás, *cuœst.* 64, *art.* 5, *ad.* 4, citando al gran doctor Agustin, dice que Sanson no pecó en darsela muerte por haberlo hecho por instinto del Espíritu Santo.

FIN.